

lo aparentamos; porque en lo exterior damos á entender que no hacemos caso de la alabanza; y si se nos tributa, la resistimos diciendo que es inmerecida. Vea V., mi estimado amigo, cuán sábia, cuán noble, cuán sublime es la religion cristiana, pues en la virtud que tanto abatimiento parece traer consigo, está encerrado el secreto de adquirir gloria sólida aun entre los hombres: estos la ofrecen gustosos á quien la merece y no la busca; pero desprecian y ridiculizan al que la solicita. Tanta es la fuerza de las cosas, que la misma soberbia, para saciar su sed de gloria, se ve precisada á negarse á si misma, á cubrirse con el manto de la humildad; así se verifica aun en la tierra aquella senteneia de la Sagrada Escritura: « Quien se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado. »

Basta por hoy de humildad; creo que con lo dicho hasta aquí se quedará V. bien convencido de que para ser verdaderamente humilde conforme al espíritu de la religion cristiana, no necesita V. ni andarse haciendo el loco por las calles, ni creer que es digno de ser llevado á presidio ó al cadalso, ni tampoco que no tiene mas conocimientos de ciencias y literatura que el que no sabe deletrear. Si alguna vez encuentra V. en las vidas de los santos algun hecho que no pueda V. explicar por las reglas arriba establecidas, recuerde V. que nosotros no tenemos inconveniente en decir que hay cosas que son mas bien para admiradas que para imitadas; y ademas, no quiera V. juzgar por mundanas consideraciones lo que marcha por caminos desconocidos al comun de los mortales. Esto es lo que nosotros llamamos misterio, y prodigios de la gracia; y que Vds. los filósofos apellidan exaltacion y exageracion del sentimiento religioso. Entre tanto espera ocasiones de complacer á V. este su afectísimo y S. S. Q. S. M. B. J. B.

CARTA XIV.

Mi estimado amigo: Casi me inclinaria á creer que empieza V. á no encontrarse muy bien en su escepticismo religioso, pues que al parecer se avergüenza de él, no queriendo confesar que se halla en esta parte en situacion muy diferente de la de muchos otros, á quienes V., con buena intencion sin duda, pero con mucha injusticia, les achaca las mismas ideas. No podia yo figurarme que le causase á V. tanta novedad la conducta de muchos cristianos, hasta el punto de llegar á suponer que ó fingen hipócritamente estar adheridos á la religion, ó cuando menos la profesan sin entender de ella una palabra. Dice V. que no alcanza á comprender cómo es posible que enseñando la religion doctrinas tan altas, algunas de las cuales son sumamente trascendentales y hasta terribles, haya hombres que estando convencidos de la verdad de ellas, ó las contraríen con su conducta, ó vivan haciendo poquísimo caso de las mismas. Añade V. que concibe muy bien la religion de un S. Gerónimo, de un S. Benito, de un S. Pedro de Alcántara, de un S. Juan de la



Cruz, es decir, hombres penetrados profundamente de la nada de las cosas terrenas, de la importancia de la eternidad, y por consiguiente desasidos de todo lo mundano, muertos á todo cuanto los rodea, y atentos únicamente á la gloria de Dios y á la salvacion de sus almas y de las de sus prójimos; pero que no comprende en primer lugar la religion de los viciosos, esto es, de hombres que viven convencidos de la eternidad de las penas del infierno, y no obstante como que hacen todo lo posible para hundirse en él; que no comprende la religion de otros que sin embargo de no estar entregados al vicio, dejan correr sus dias con cierta indiferencia, sin afanarse mucho por lo que pueda venir despues de la muerte, ni aun de aquellos que practicando la virtud lo hacen con cierta tibieza, no mostrándose continuamente poseidos de la idea de que muy en breve van á encontrarse ó con una dicha sin fin ó condenados para siempre á horribles suplicios. Segun parece, esto le escandaliza á V. y hasta puede contribuir á mantenerle separado de la religion; pues que si nos atenemos á este modo de mirar las cosas, no hay medio entre ser escéptico ó anacoreta.

En primer lugar, se me ocurre una reflexion que no quiero dejar de consignar aquí, y es: la variedad y contradiccion de los argumentos con que es atacada la religion, y lo descontentadizo que con ella se muestran los escépticos é indiferentes. ¿Hay una persona muy cristiana, muy devota, que pasa los dias en la oracion y en la penitencia, que mira todas las cosas del mundo como transitorias y livianas, que se manifiesta profundamente poseida de la nada de todo lo terreno, que con sus palabras y sus acciones muestra bien claro que no se apartan jamás de su mente, Dios y la eternidad? Entonces se dice que la religion es esencialmente apocadora, que estrecha las ideas, que encoge el corazon, que

hace á los hombres misántropos, que los inutiliza, y que por tanto solo sirve para frailes y monjas. Hasta se llega algunas veces á dar consejos de prudencia, recordando que si se procurase presentar la religion bajo un aspecto jovial y afable, no se apartarian de ella tantos hombres que si bien se sienten inclinados á seguirla, no pueden consentir á tornarse tristes, taciturnos, andándose cabizbajos y cuellituertos por esas calles é iglesias; y héte ahí que si hay otros hombres que á pesar de ser profundamente religiosos, de estar altamente penetrados de las terribles verdades de la fé y quizás muy dedicados á la práctica de virtudes austeras, se muestran no obstante con rostro sereno y apacible, conversacion alegre y festiva, no dejando entrever que se agite en su mente el formidable pensamiento del infierno, entonces se objeta lo extraño, lo inconcebible de semejante proceder, y se echa de menos la conducta de aquellos otros que poco antes eran blanco de reprehension y tal vez de desprecio y burla. De suerte que si la religion llora, se quejan Vdes. de que llora: si rie, de que rie; y si se mantiene sosegada y calmosa, la acusan de indiferente. Bueno es hacer notar semejantes contradicciones que dejan en evidencia la sinrazon de los que caen en ellas, ya sea por haber meditado poco sobre los objetos de que hablan, ya por dejarse arrastrar del prurito de hacer cargos á la religion, echando mano de todo linaje de argumentos.

Pero vamos derechamente al punto capital de la dificultad, y veamos si es posible contestar satisfactoriamente á las objeciones de V. ¿Cómo es posible que un hombre religioso sea vicioso? Esta es, si no me engaño, la principal dificultad que V. presenta, y me ha de permitir V. que le diga con toda ingenuidad, que muestra muy escaso conocimiento del corazon humano quien



propone seriamente una objecion semejante. La vida entera de la mayor parte de los hombres es un tejido de esas contradicciones que V. no alcanza á explicarse; si debiéramos dar alguna importancia á dicha objecion, nada menos resultaría sino exigir que todos los hombres arreglasen su conducta á sus ideas, y que quien abrigase una conviccion, obrara siempre en consecuencia de ella. ¿Y cuándo, y dónde ha existido un proceder semejante? ¿no estamos viendo todos los dias que aun prescindiendo de las ideas religiosas, se verifica aquello de conocer el hombre el bien, de aprobarle, y sin embargo ejecutar el mal? *Vide meliora, proboque, deteriora sequor*. Veo lo mejor, me gusta; pero sigo lo peor. No hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco. *Non quod volo bonum, hoc ago, sed quod odi malum, illud facio*. Hablamos con un jugador, y la conversacion llega á girar sobre el vicio que le domina; un predicador en el púlpito no se expresará con mas energía contra los males acarreados por el juego. « ¡Qué pasion mas funesta! le oireis decir, siempre inquietud, siempre desasosiego y turbacion, siempre incertidumbre y zozobra, ahora nadando en la abundancia, no sabiendo qué hacerse del oro, un momento despues todo se ha perdido, es preciso pedir prestado á los amigos, ó empeñar una finca, ó enagenar una prenda, ó excogitar algun expediente desastroso para proporcionarse siquiera una pequeña cantidad con que probar fortuna de nuevo. Si perdeis, os hallais en la desesperacion; si ganais, os veis forzado á presenciar la desesperacion de los otros, á sufocar tal vez los sentimientos de compasion que brotan en vuestro pecho, disfrazándolos y encubriéndolos con chanzas y algazara. ¡Qué momentos mas crueles al salir de la casa de juego, al recordar que habeis labrado quizás el infortunio de vuestra familia ó de la de vuestros amigos, al pensar

que ibais con la esperanza de mejorar vuestra posicion, y tal vez de rico que érais habeis pasado á la mas estrecha pobreza! No es posible concebir cómo hay hombres que se abandonen á ese vicio detestable: el jugador es un verdadero loco que va corriendo continuamente tras de una ilusion á pesar de estar convencido de que es ilusion y no mas, de haberlo experimentado una y mil veces en sí y en los otros. En un jóven, en el acto de salir de la casa de sus padres, un desliz en esta parte es disculpable hasta cierto punto; en un hombre de alguna experiencia, el vicio carece de excusa. » ¿Ha oido V., mi querido amigo, á ese moralista tan juicioso, tan severo, tan inexorable con los jugadores? Pues vea V., apenas ha concluido su santa plática, quizás mientras está perorando, saca inquietamente su reloj ó pregunta á los circunstantes qué hora tienen, y ¿sabe V. para qué? es que el tiempo de la cita está cercano, que la mesita cubierta de paño está esperando, y los compañeros se hallan ya colocados en sus asientos respectivos, y barajando con impaciencia, y maldiciendo al perezoso y tardío; y su pobre corazon salta de gozo al pensar que en breves instantes va á comenzar la tarea, y los montones de dinero irán girando rápidamente en derredor: ahora en frente de uno de los actores, luego de otro, en seguida de otro, hasta que al fin en las altas horas de la noche se concluirá la funcion, y quedando por supuesto vencedor el moralista y completamente vengado de sus descabros de ayer. Por lo menos, él así lo espera; y tan pronto como ha puesto fin al sermon, se levanta, toma el sombrero y echa á correr rabiando por la poca puntualidad. ¿Qué le parecé á V. de semejante contradiccion? « ¡Oh! se me replicará, este hombre era un hipócrita, decia lo que no pensaba! » Es falso, hablaba con la conviccion mas profunda; y los circunstantes si no



eran jugadores, no eran capaces de comprender toda la viveza con que él sentía lo que expresaba. En prueba de esto, suponed que tiene un hijo, un hermano menor, un amigo, una persona cualquiera por la cual se interese : él le aconsejará que no juegue y lo hará con todas las veras de su corazón ; si tiene autoridad para ello se lo prohibirá severamente ; cuando no, se lo rogará con encarecimiento, y si puede hablar con entera franqueza exclamará con acento de dolor : « creed á un hombre experimentado ; este vicio ha hecho y está haciendo mi infortunio ; ay de mí ! y siempre temo que me llevará á la perdición. » El desgraciado no deja de conocer el mal que se hace á sí propio, no deja de conocer su temeridad, su locura ; se la echa en cara una y mil veces, así en los momentos de calma y buen juicio, como en los de furor y desesperación ; pero no tiene bastante fuerza de ánimo para resistir al impulso de su inclinación arraigada y acrecentada con el hábito, para conformar sus obras con sus palabras, con sus convicciones mas profundas.

¿Quiere V. otros ejemplo? fácil sería amontonarlos hasta lo infinito. Hay un hombre de fortuna respetable, de reputación sin tacha, que disfruta en el seno de su familia de toda la dicha que pueda desear ; su instrucción, su moralidad y hasta su misma educación culta y esmerada, le hacen contemplar con lástima los extravíos de otros ; no concibe cómo consienten en sacrificar sus bienes á una pasión liviana, en mancillar por ella su nombre, en hacerse el objeto de desprecio y ludibrio de cuántos los conocen ; sin embargo trascurrido algun tiempo, una ocasión, un trato frecuente le ha enredado á él mismo en una amistad peligrosa : la hacienda, la fama, la salud, hasta su misma vida, todo lo está sacrificando á su ídolo ; gha perdido por esto sus antiguas

convicciones? ¿la variación de conducta es efecto de un cambio de ideas? Nada de eso ; piensa como antes, no se ha desviado un ápice de sus convicciones primitivas, solo las ha puesto á un lado. A los parientes, á los amigos que le amonestan, que le recuerdan sus propias palabras, que le hacen los cargos que él mismo dirigía á los demás, que le excitan á que tome los consejos que él poco antes diera á los otros, á todos contesta : « sí, cierto, tiene V. razón, ya, con el tiempo... pero... »

Es decir que no hay falta de luz en el entendimiento, sino extravío en el corazón ; está seguro que la dorida copa contiene veneno, pero en su ardor febril se la acerca á sus labios, con el riesgo, con la certeza de perecer.

Recorra V. todos los vicios, fije su atención sobre todas las pasiones, y echará V. de ver esta contradicción de que voy hablando. Son pocos, poquísimos los hombres que desconocen el mal que se hacen, los daños que se acarrearán con su propia conducta, y sin embargo cuán difícil es la enmienda ! De donde resulta no ser nada extraño que una persona profundamente convencida de la verdad de la religión, obre contra lo que ella prescribe, y no es prueba de que no crea lo que dice el no ponerlo él mismo en práctica.

Si V. hubiese leído obras de moral y de mística, ó conversado con hombres experimentados en la dirección de las conciencias, sabría la triste y angustiosa situación en que se encuentran á menudo muchas almas, y la paciencia que han menester los confesores para sufrir y alentar á esos desgraciados que proponen dejar el vicio, que lloran amargamente sus culpas, que tiemblan por el eterno castigo á que se hacen acreedores, que á fuerza de consejos, de amonestaciones, de



remedios y precauciones de todas clases, llegan quizás á resistir por algun tiempo á su funesta inclinacion, y sin embargo reinciden y vuelven á los pies del confesor, y al cabo de algun tiempo tornan á reincidir, padeciendo de esta suerte congojas mortales, hasta que mas fortalecidos por la gracia alcanzan á mantenerse firmes, disfrutando así una vida sosegada y tranquila.

Si no es imposible, antes sucede con mucha frecuencia, que quien profesa una religion pura y severa, viva en la relajacion, no es tampoco incomprensible el que otros no sumidos en semejante miseria se porten no obstante con cierta tibieza y frialdad, á pesar de que en su entendimiento se hallen las creencias religiosas muy solidas, muy firmes y hasta vivas y ardorosas. Son tantas las causas que pueden producir y conservar un estado semejante, que seria enojosa tarea enumerarlas. Baste decir, que inconsecuencias y contradicciones se hallan á cada paso en toda la vida del hombre; que le afectan de tal modo las cosas presentes que por lo comun olvida las pasadas y futuras; que estando dotado de inteligencia y voluntad no obstante sufre tambien á menudo la tiranía de las pasiones que le arrastran por caminos de perdicion, aun conociéndolo él mismo. Los ejemplos aducidos y las consideraciones que los ilustran, creo que serán suficientes para dejarle á V. convencido de cuán infundadamente atacaba V. la religion, y que si semejante discurso tuviese alguna fuerza, probaria que muchos no tienen principios morales, pues que obran contra ellos; que muchos son hasta el extremo ignorantes con respecto á lo que conviene á su salud, á sus intereses y honor, porque les perjudican á cada paso con sus actos; que el que come con exceso no conoce que le ha de dañar, que quien bebe con desatención no sospecha que el vino sea capaz de embria-

gar, y así racionando por el mismo tenor, seria preciso afirmar en general que los hombres están faltos de muchos conocimientos, que poseen sin duda alguna. Digamos que el hombre es inconstante, inconsecuente, que le afectan demasiado las cosas presentes, para que sepa conciliar el interés ó el gusto del momento con la felicidad venidera, y estará explicado todo de una manera cabal y satisfactoria, sin suponerle mas ignorante de lo que es en realidad.

Otra equivocacion de mucha trascendencia padece V. sobre el particular, y es, el que segun indica en su apreciada, opina que la religion produce muy poco efecto en la conducta de los hombres; pues que tanto los creyentes como los incrédulos, suelen vivir como si no tuviesen nada que esperar ni temer despues de la muerte. « Los hombres, dice V., cuidan de sus negocios, satisfacen sus pasiones ó caprichos, forman continuamente grandes proyectos, en una palabra, viven tan distraidos, tan olvidados de su última hora, tan sin pensar en lo que podrá venir despues, que por lo tocante á la moralidad con respecto al mayor número, podria decirse que el efecto de la religion es poco menos que nulo. » Para dejarle á V. convencido de cuán falso es el hecho que V. asienta con tanta seguridad, basta recordar la profunda mudanza que produjo en las costumbres públicas la propagacion del cristianismo; pues que este solo recuerdo pone fuera de duda que la enseñanza de la religion no es inútil para modificar la conducta de los hombres, y que antes al contrario, es muy eficaz, y el único medio del cual es dado prometerse resultados felices y duraderos. Tambien ahora como entonces cuidan los hombres de sus negocios, y tienen pasiones, y se divierten, y viven distraidos y disipados; pero ¡qué diferencia entre las costumbres antiguas y las moder-



nas! Si lo consintiesen los límites de una carta, podría aducir mil y mil comprobantes de lo que acabo de establecer, manifestando con cuánta verdad se ha dicho que se cometían entonces mas delitos en un año que ahora en medio siglo. Recuerde V. las doctrinas de los primeros filósofos de la antigüedad sobre el infanticidio, doctrinas que se vertían con una serenidad para nosotros inconcebible, y que revela el funesto estado de la moralidad de aquellas sociedades; recuerde V. los vicios nefandos tan generales á la sazón, y que entre nosotros están cubiertos de baldón y de infamia: recuerde V. lo que era la mujer entre los paganos y lo que es en los pueblos formados por la religion cristiana; y entonces echará V. de ver cuántos son los beneficios que ha dispensado al mundo el cristiano en lo tocante á la mejora de las costumbres; entonces comprenderá V. cuán errado es el decir que la religion influye poco en la conducta de los hombres.

Sucédenos con mucha frecuencia, cuando tratamos de apreciar el bien producido por una institucion, que nos paramos únicamente en los resultados positivos y palpables, prescindiendo de otros que podríamos llamar negativos, y que sin embargo no son menos reales, menos importantes que aquellos. Atendemos al bien que hace y no al mal que evita, cuando para calcular la fuerza y la índole de ella, no deberíamos pararnos menos en lo último que en lo primero.

Como la ausencia de un mal, que sin aquella institucion hubiera existido, ya es de suyo un gran beneficio; es preciso agradecer á ella el haberle evitado, y contar este efecto como la produccion de un bien. Para hacer debidamente este cálculo conviene suponer que la institucion no exista y ver lo que en tal caso sucedería. Así, á quien negase la utilidad de los tribunales de justicia,

ó pretendiese rebajar su importancia, no habria otro método mas á propósito para convencerle, que el que acabo de indicar. Si los tribunales de justicia, se le podría decir, os parecen de poca utilidad, suponed que se quitan; y que el ratero, el ladrón, el asesino, el falsario, el incendiario y toda la ralea de malvados, no tienen que temer otra cosa sino la resistencia ó la venganza de sus víctimas. Desde luego la sociedad se convertirá en un caos, los unos se armarán contra los otros, los criminales se adelantarán mucho mas en su carrera de iniquidad, multiplicándose el número de ellos de una manera espantosa. ¿Quién evita todo esto? ciertamente los tribunales; y el evitar este mal, es sin duda producir un gran bien.

Suponga V. pues, que la religion no existe, que no se nos da desde niños ninguna idea de la otra vida, ni de Dios, ni de nuestros deberes. ¿Qué sucedería? todos seríamos profundamente inmorales; y así el individuo como la sociedad caminarian rápidamente hácia la degradacion mas abyecta. Y sin embargo ateniéndonos al argumento de V., se podría objetar: ya que cuidamos de nuestros negocios, y vivimos distraídos pensando poco ó nada en nuestros deberes, en la otra vida, en Dios; ¿de qué nos aprovecha el haber sido instruidos en estos puntos, el haber recibido una educacion en que se nos inculcaban de continuo dichas verdades? Ya ve V. que presentada la cuestion bajo este aspecto, no es posible sostener la solucion que V. pretende darle, y claro es que si este método de argumentar flaquea en el caso presente, no será muy firme en los otros.

¿Quién le ha dicho á V. que ese hombre tan distraído, tan disipado, no piensa en la religion que profesa? ¿cree V. que le ha de estar revelando de continuo lo que pasa en lo íntimo de su corazón, cuando tiene á la vista un



cebo que estimula sus pasiones, poniéndole en riesgo de faltar á su deber? ¿cree V. que le ha de estar narrando cuántas veces las ideas religiosas le han retraido de cometer un mal, ó han hecho que le cometiera mucho menor?

Una prueba evidente de los muchos defectos que producen en la conducta de los hombres las ideas religiosas y de lo presentes que están en su memoria, aun cuando parecen haberlas descuidado del todo, es la rapidez instantánea con que se les ofrecen, tan luego como se hallan en peligro de la vida. Casi puede decirse que se despliegan en un mismo momento el instinto de la conservacion y el sentimiento religioso.

¿Cómo obra el instinto de la conservacion sobre el curso general de los actos de nuestra vida? Si bien se observa, estamos cuidando incesantemente de conservarnos sin pensar en ello; hacemos de continuo actos que tienden á este fin, y sin embargo no reparamos en ellos. ¿Cuál es la causa? Es que todo cuanto se liga muy íntimamente con la vida del hombre está sin cesar presente á sus ojos; no lo mira, pero lo ve; lo piensa sin pensar que lo piense. Lo que se dice de la vida material puede afirmarse de la vida del alma; hay un conjunto de ideas de razon, de justicia, de equidad, de decoro, que vagan de continuo por nuestra mente, ejerciendo incesante influencia en todos nuestros actos. Ocurre una mentira y la conciencia dice: esto es indigno de un hombre; y la palabra que iba á ser pronunciada es detenida por ese sentimiento de moralidad y decoro. Se habla de una persona con quien se tiene enemistad; viene la tentacion de rebajar su mérito, ó revelar una de sus faltas, ó quizás de calumniarla; y la conciencia dice: esto no lo hace un hombre de bien, esto es una venganza; y el enemigo calla. Hay la oportunidad de defraudar sin que nadie lo sepa, sin que el honor pueda

correr ningun peligro, y sin embargo no se defrauda; ¿quién lo impide? la voz de la conciencia. Hay la tentacion de abusar de la confianza de un amigo haciendo traicion á sus secretos, y explotándolos en provecho propio, y sin embargo la traicion no se consuma, aun cuando el amigo victima de ella no pudiese ni siquiera sospecharla; ¿quién lo impide? la conciencia. Estas aplicaciones que podrian extenderse indefinidamente, muestran bien á las claras que el hombre, sin advertirlo, obedece muchísimas veces al grito de la conciencia, y que aun cuando no piensa, ó no cree pensar en ella, ni en Dios, no obstante obran en su ánimo esas ideas, y le impulsan, y le detienen, y le hacen retroceder y variar de camino, y modificar continuamente su conducta en todos los instantes de su vida.

Si esto se verifica aun tratándose de los mismos incrédulos, ¿qué sucederá con respecto á los hombres sinceramente religiosos? A los ojos del mundo podrá parecer que ellos se olvidan completamente de sus creencias, que de nada les sirve la fé en verdades grandes y terribles, que el cielo, el infierno, la eternidad solo se ofrecen á su mente como ideas abstractas, sin relacion alguna con la práctica; pero ellos saben muy bien que la eternidad, y el cielo, y el infierno se les presentan en el acto de querer obrar mal, que ora los apartan del camino de la iniquidad, ora los detienen para que no anden por él con tanta precipitacion; ellos saben que despues de haberse abandonado al impulso de sus pasiones, experimentan remordimientos que los atormentan atrozmente, que los hacen arrepentir de haberse desviado del sendero de la virtud. No hay cristiano que no experimente esta influencia de la religion; si es realmente cristiano, es decir, si cree en las verdades religiosas, sufre repetidas veces el castigo de sus malas obras ó disfruta el galar-



don de las buenas. Esta pena ó este premio, los siente en lo íntimo de su conciencia; y el recuerdo de lo que ha gozado en un caso ó padecido en otro, contribuye á menudo á que no se permita extravíos contra lo que le prescriben sus deberes.

No dudo que con estas reflexiones se quedará V. convencido de que es un error contrario á la razon, á la historia y á la experiencia, lo que V. afirma de que la religion influye poco en la conducta de los hombres. Es cierto que los que la profesan no siempre se portan como debieran: es cierto que encontrará V. hombres que tienen fé, y sin embargo son muy malos; pero no es menos cierto que en general, la conducta de las personas religiosas es incomparablemente mejor que la de los incrédulos. ¿Cuántas ha conocido V. que no profesando ninguna religion observen una conducta de todo punto irreprochable? Y cuando esto digo no hablo de cometer delitos de los cuales nos apartan cierto horror natural, el temor de la justicia, y el deseo de conservar la reputacion: no hablo de cierta inmoralidad asquerosa y repugnante de la cual retraen el honor, el decoro, y hasta cierta delicadeza de gusto, fruto de la buena educacion; hablo de aquella moralidad severa que rige todos los actos de la vida de un hombre, y no le permite desviarse del camino del deber, aun cuando en ello no se interesen, ni la honra, ni los miramientos de sociedad, ni se opongan otras consideraciones que las inspiradas por una sana moral. Me dirá V. que conoce á ciertos hombres que á pesar de ser irreligiosos, son incapaces de defraudar, de hacer traicion á la amistad y hasta observan una conducta, que si no es tan rigurosa como yo deseara, está muy lejos de la disipacion y quizás de la liviandad; será posible que V. conozca á incrédulos que sean tales como V. los pinta: será posible que por

educacion, por honor, por decoro, por esa luz interior que Dios nos ha dado y que no alcanzamos á extinguir con insensatos esfuerzos, ajusten su conducta una y mil veces á la ley del deber cuando no se atraviesa algun poderoso motivo que los impulsa en sentido contrario; pero no ponga V. á esos mismos hombres á prueba de una tentacion violenta.

A ese que no cree en nada, ni aun en Dios, y á quien supone V. tan probo, tan incapaz de cometer un fraude, redúzcale V. á la miseria, figúreselo luchando entre el apremio de grandes necesidades y la tentacion de echar mano de una cantidad agena, pudiendo hacerlo de manera que nada pierda su reputacion de hombre de bien; ¿qué hará? V. podrá creer lo que quiera; yo por mi parte no le fiaria mi dinero; y me atreveria á aconsejar á V. que tampoco le fiara el suyo.

Usted, mi apreciado amigo, hallándose en una posicion ventajosa, y sin otras tentaciones de hacer mal que las ofrecidas por las ilusiones de la juventud, no conoce á fondo lo que es esa probidad que no se apoya en la religion. V. no conoce cuán frágil, cuán quebradiza es esa honradez que á los ojos del mundo se presenta con tanto alarde de firmeza é incorruptibilidad; fáltanle todavía algunos desengaños que recogerá V. muy en breve, cuando rasgándose ese velo tan hermoso con que el mundo se presenta á nuestros ojos en la primavera de la vida, comience á ver las cosas y los hombres tales como son en sí; cuando entre en la edad de los negocios, y vea la complicacion de circunstancias que en ellos se ofrecen, y asista á esa lucha de pasiones é intereses que tan á menudo coloca al hombre en posiciones críticas y hasta angustiosas, en que el cumplimiento del deber es un sacrificio y á veces un heroísmo. Entonces comprenderá V. la necesidad de un freno



